

LA PREGUNTA (PÉRDIDA Y RECUPERACIÓN DEL JUDAÍSMO)

Martín Kohan

Llamadme Yaakov. Llamadme Yaakov, y no Ismael. Llamadme, o mejor no: no me llaméis. No me llaméis, porque no me daré vuelta, no levantaré la cabeza, no me daré por aludido, no responderé; porque no voy a darme cuenta de que me estáis hablando a mí. Tuve ese nombre: Yaakov; es decir, fui esa persona, fui Yaakov. Tuve ese nombre, pero lo perdí. Un nombre que me ligaba a mi abuelo paterno, Jacobo Kohan, muerto en marzo de 1961, seis años antes de que yo naciera.

Tuve ese nombre durante las tardes, es decir, durante la segunda parte de cada día de la vida (de la vida escolar, que en la infancia es casi toda). A la mañana había maestras, se hablaba castellano, los cuadernos se forraban con papel araña azul y yo me llamaba Martín; a la tarde había morot, se hablaba hebreo, los cuadernos se forraban con papel araña verde y yo me llamaba Yaakov. A la mañana, los países limítrofes eran Chile, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Brasil; a la tarde, eran Egipto, Siria, Jordania, Líbano (la asociación entre vecindad y amenaza quedaba reservada para la tarde, incluso cuando, en 1978, hubo casi una guerra con Chile).

A la tarde, entre otros textos, leíamos historias fabulosas: historias de mares que se abren, de murallas que se derrumban a trompetazos, de plagas inconcebibles, de cielos que alimentan o que hablan. Historias de no creer, en las que teníamos que creer y creíamos, como pasa con cualquier historia increíble narrada durante la infancia. Creíamos en lo increíble, porque en todo eso (detrás de eso, por sobre eso) estaba Dios. Así de simple y definitivo.

Eso sí: cuando se me vino abajo Dios, se me vino abajo todo (potencia del monoteísmo: la “caída de Dios” es no solo más terrible que la “caída de los dioses”, sino también, notablemente, más numerosa). Puesto a creer, di en creer que no existía, en lugar de que sí existía. Me resultó más convincente, más consistente, a mí al menos me persuadió mucho más. Me plegué entonces a esa fe, la fe de la inexistencia, en la que hasta el día de hoy permanezco.

En aquel colegio de Belgrano (Amenábar y Quesada: el David Wolfsohn) estaba todo tan agarrado a Dios, estaba todo tan agarrado con Dios, que apenas se me escurrió Dios, se me vino abajo todo. Se me cayó, se me fue, lo perdí: desde el hebreo (que hablaba bien, y ya no hablo), hasta el nombre. Porque yo me llamé Yaakov, pero no me llamo.

Desistí del Bar Mitzvah: no quise hacerlo.

Mi familia sufrió judaicamente (“oi oi oi”) y puso a funcionar judaicamente la máquina impar de fabricación de culpa (“¿Por qué nos hacés esto?”). Intentaron convencerme: “No hace falta que creas, podés hacerlo igual”. Pero yo creía, sí que creía: creía que Dios no existía. Si estaba en lo cierto, y no existía, tenía razón yo en no hacer el Bar Mitzvah; si existía, y era por ende omnisciente, sabría (no podría no saber) que mis rezos habrían sido fingidos, una farsa del ritual, un ultraje mucho mayor que simplemente no hacer nada.

Quedé apartado y solo en las horas de preparación general en la escuela, tal y como, según me habían contado tantas veces, quedaban los niños judíos en las horas de educación religiosa en las escuelas durante los años del gobierno del General Perón.

Me pregunté por mi judaísmo.

¿Era judío? ¿Había dejado de serlo? Si lo era, ¿en qué sentido lo era?

Para peor, al ir acabándose mi infancia, algunas consideraciones políticas empezaron a formar parte de mi modesto horizonte de miras. Y el Estado de Israel, esa tierra y ese amparo que nos aseguraban que nunca más, nunca nunca más, iban a pasarnos las cosas atroces que nos habían pasado, tenía también sus propias políticas, y que algunas me convocaban pero otras me consternaban, según fueran las líneas, las tendencias, las ideologías, los procedimientos (que, según se trate de Shimon Peres o de Ariel Sharon, de Isaac Rabin o de Netanyahu, suscitan en mí la adhesión a conciencia o un desapego de discordancia radical).

Me preguntaba, pues, por mi judaísmo.

¿Era judío? ¿Había dejado de serlo? Claro que era judío, pero ¿en qué sentido lo era?

Me hacía la pregunta, y no daba con la respuesta.

Me llevó algún tiempo advertir que el judaísmo radicaba en la pregunta. En la pregunta misma, antes que en cualquier respuesta.

¿No se dice acaso siempre que los judíos tenemos la costumbre de responder a una pregunta con otra pregunta? La pregunta nos define.

¿No existe acaso el chiste del judío al que le preguntan: “¿Por qué ustedes contestan siempre a una pregunta con otra?”, a lo que el judío responde: “¿Y por qué no?”? La pregunta nos define. Las respuestas pueden variar.

Pasaron los años y trajeron lecturas.

La cuestión judía de Marx. *Reflexiones sobre la cuestión judía* de Sartre. *Ser judío* de León Rozitchner. Los textos de Hannah Arendt. Los textos de Emmanuel Lévinas. Los de la amistad de Walter Benjamin y Gershom Scholem. El libro de Peter Gay sobre Freud, y más concretamente su título: *Un judío sin dios*.

¿Respuestas? Más bien un despliegue de preguntas.

Qué pasa con ciertas fijaciones de identidad, ahí donde los estereotipos son un recurso de la dominación social.

Por qué sería imprescindible Dios.

Qué pasa si se mantiene su forma, prescindiendo de su sustancia. ¿Deísmo ateo? ¿Iluminación profana? ¿El como-si de la creencia, pero sin fe?

Qué pasa si es el otro el que me define, el otro el que me constituye. Pero no desde la extraposición de su mirada (Sartre), ni desde lo recíproco de su rostridad (Lévinas), sino desde su hostilidad más neta: ahí donde el odio del antijudío me hace judío (Arendt) (las últimas tres sinagogas que he visitado, conmovido, emocionado: la de Berlín, la de Roma, la de Varsovia; los sitios donde nos odiaron). Qué pasa si la identidad no está en el ser, en la esencia, en la trascendencia, qué pasa si no está en sentido estricto en la historia o la memoria, excepto que las motive (que las motive o, mejor,

que la provoque, en su doble sentido: causar y desafiar) la agresión visceral del otro. ¿La motiva o la revela? ¿La hace ser o se lo exige? ¿La constituye o la permite? Me hace ser lo que ya era.

Borges se mofaba de Federico García Lorca: lo tildaba zumbonamente de andaluz profesional.

Borges desconfiaba de las identidades subrayadas, de la necesidad de sobreactuarlas señalando sus tipicidades.

A propósito de Juan Dahlmann, por caso, y del modo en que se fue *haciendo argentino*, dejó algunas definiciones cruciales en la página inicial de “El Sur” (¿cómo no iban a repudiarlo, enfurecidos, los nacionalistas, habiendo Borges entendido tan bien, tan tremendamente bien, cómo es que una identidad se compone, y con eso, antes que nada, el hecho mismo de que se compone?). Hay palabras decisivas en su concisa pero crucial enumeración: hábito, años, desgano, soledad.

Para Borges las identidades no son del orden de la premeditación, sino del orden de una voluntad sin aspavientos (“algo voluntario, pero nunca ostentoso”), y del orden de la fatalidad. Pero de una fatalidad que sucederá, no a la manera de los destinos trágicos, altisonantes y definitivos, sino a la manera de las contingencias, del mero acontecer en una deriva espontánea.

Uno habla, ríe, come, canta, añora, etc., etc., etc., y lo argentino *sucede*.

Y asimismo: uno habla, ríe, come, canta, añora, etc., etc., etc., y lo judío *sucede*.

La mostración sobrecodificada de una identidad rotunda (eso que Borges calificaba, o descalificaba, como “profesional”; y me temo que no falta algún “judío profesional”, en el sentido borgeano de la expresión, en la literatura argentina contemporánea), en su necesidad de afirmación enfatizada, debilita en verdad la identidad que pretende cierta. Dejarla en cambio ser, acontecer, ocurrir, aflorar o diluirse, emerger o atemperarse, vacilar y trastabillar, preguntarse por sí misma sin premura de respuestas, es aquí lo más cercano a alguna forma (sin designios) de la autenticidad.

Me gusta la siguiente expresión: “argentino naturalizado”. Tanto como para extenderla a todos los argentinos; también, y en especial, a los nativos. No hay argentinos “naturales” (¿Quiénes lo serían? ¿Los indios, que no hablaban castellano? ¿Los españoles o los criollos, que dieron muerte a los indios?). Todo argentino es naturalizado, y no natural, porque en toda identidad hay artificio. La eficacia de ese artificio, como la de todo artificio, radica en su poder de naturalización.

Así es también como soy judío.

Está el factor indeleble: mi cuerpo marcado. Quedó en mí cuando se fueron el nombre, la lengua, Dios. Era una huella imborrable en el cuerpo y en el cuerpo por ende perdura.

Con el tiempo se fueron agregando, sostenidos y poderosos, otros factores: una música o unas músicas (la de Lerner y Moguilevsky, por ejemplo), que sentí profundamente propias; una forma singular de la risa (de Woody Allen a Philip Roth, de Norman Erlich a Moldavsky), distinta de todas las otras; un tono y una dicción, pronunciadas en otro idioma, en los que, sin entender lo que se decía, alcancé a reconocer empero la manera en que hablaba mi zeide; una fuerte sensación de cementerio, visitando concretamente el de La Tablada, de que, estando ahí “los míos” estaban por extensión también “los nuestros”; la prolongación de esa sensación en cementerios remotos y ajenos, pero también judíos: el de Berlín, por ejemplo, el de Varsovia (porque visito los cementerios judíos, la muerte en su persistencia y no como anulación, en los lugares donde nos mataron, donde intentaron suprimirnos del todo).

Solo se pierde lo que no se ha tenido, ha dicho Borges también. Nunca es más pleno mi judaísmo que en lo que tiene de perdido y recuperado.